



Francisco Serapio Mora. *Levitski*, ca. 1868. © BNAH-INAH.

Francisco Pérez de Salazar y Haro el coleccionista

Francisco Pérez de Salazar Vereá

El coleccionista, suele reunir tres condiciones fundamentales:

*P*oseer algún recurso económico, tener auténtico gusto por algo en particular y tener el instinto de la búsqueda.

La pasión por coleccionar es, sin duda alguna, tan vieja como el hombre. La belleza y la rareza son dos de los conceptos claves en que es basada toda colección, que no es más que la reafirmación del universo personal del coleccionista.

En Tenochtitlán, considerada como el “ombligo del mundo”, la cultura azteca acumuló objetos que recreaban la antigüedad y la naturaleza. Moctezuma II fundó zoológicos y jardines botánicos donde eran exhibidas fauna y flora de todas las regiones. Cuando las especies vegetales no se podían reproducir en la isla o en Chapultepec eran cultivadas en Oaxtepec.

En los recintos llamados *Amoxcalli* reunieron códices y libros de pintura, formando auténticas bibliotecas que, por su importancia documental y testimonial, terminaron en grandes piras, dejando a Tenochtitlan, Tlatelolco y Texcoco sin sus grandes colecciones.

A mediados del siguiente siglo, en 1645, nació en la Ciudad de México don Carlos de Sigüenza y Góngora. Fue matemático, literato, historiador, bibliógrafo, cosmógrafo y uno de los primeros anticuarios y coleccionistas. De familia de padres españoles acomodados, heredó algunas antigüedades como su escribanía de marfil y ébano que con los años acrecentó con variados objetos propios de la sapiencia e inquietud de este erudito.

En su gabinete se encontraba una muela de mamut que rescató en las obras del desagüe de Huehuetoca, un juego de las obras del Athanacio Kerchero, un estuche de instrumentos matemáticos hechos en Flandes, un anteojito de larga vista de cuatro vidrios, documentos originales de la letra de Antonio Valeriano relatando las apariciones de la Virgen de Guadalupe, y diversos planos, libros y documentos heredados de su amigo Fernando de Alva Ixtlixóchitl, otro importante coleccionista contemporáneo. Su gran pasión por lo mexicano fue uno de los primeros pasos para definir nuestra identidad mestiza que, junto con su



guadalupanismo acendrado, vendría a motivar años más tarde a otros inquietos coleccionistas e investigadores.

Con el movimiento de independencia en Puebla, la segunda gran ciudad del Virreinato, dominada en este periodo por las disciplinas religiosas y la tradición de conquistadores españoles, se empezó a examinar el valor estético con una tradición mexicanista. El afán conservador que no siempre nacía del valor artístico, sino del afectivo, rescató en las colecciones particulares buena parte de la originalidad regional del Estado.

Un cúmulo de investigación y trabajo se plasmó en las diversas colecciones gracias al infatigable talento del abogado poblano don Francisco Pérez de Salazar y Haro. Con la influencia de una acendrada tradición nacionalista creció en la casa familiar llamada del Deán y recibió educación personal de dos tíos arcades romanos. Con uno de ellos, don Ignacio Pérez de Salazar y Osorio, hermano de su padre, realizó un largo viaje de estudio a Norteamérica, Europa, Oriente y Egipto.

Sus estudios fueron hechos con los P.P. Jesuitas hasta su ingreso al colegio del Estado donde se recibió de Abogado. Ejerció su profesión en Puebla hasta 1923 cuando cambió su residencia a la capital de la República para trabajar en el bufete de don Emilio Rabasa con quien colaboró hasta 1926. Siguió alternando sus actividades de abogado postulante con la de catedrático de la Escuela Libre de Derecho y de literatura española en varios colegios, así como con su innata afición a la historia de su país.

Don Francisco perteneció a varias instituciones culturales habiendo sido miembro, entre otras, de las academias de historia correspondiente a la Real Española, la de ciencias y artes gaditana, de la de jurisprudencia y legislación, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de la de Antonio Alzate.

Concedor de las cosas de su ciudad natal publicó más de quince títulos sobre aspectos bibliográficos y artísticos. Su temprana partida el 10 de noviembre de 1941 dejó inéditas una "Bibliografía de la Imprenta en Puebla" y "Algo de historia de la cerámica en Puebla."

Es así que después de heredar algunos bienes y libros de la biblioteca de su tatarabuelo, decide continuar y acrecentar sus colecciones, enfocadas mayormente a lo mexicano, con la salvedad de una colección de pispapeles de cristal de backarat y de otra de pequeños animales de fundición en bronce, me permito describir las más importantes.

Mobiliario

Acumulados a un par de *secretaries* poblanos de su abuelo, fue adquiriendo muebles del área de Puebla-Tlaxcala sobre trabajos relevantes de taracea en hueso y marfil, de marquetería y de laca poblana.⁽¹⁾ No faltaron los vargeños, consolas, arcones, mesas, sillas y bancas en estilos Chipendale y Reina Ana. También incluyó mobiliario del segundo imperio, ajuares de pera y manzana, y un extraordinario sillón caligráfico.

Hierros forjados

De Puebla adquirió algunas piezas de los siglos XVI al XVIII que eran de herreros y cerrajeros poblanos y oaxaqueños. Contaba con cerraduras, pestillos, bisagras, tachones, aldabas, bocallaves y llaves, principalmente para aplicaciones en mobiliario y arquitectura. Esta colección la incrementó con producción de herreros de la Ciudad de México. Hoy se pueden apreciar algunas de esas piezas en el Museo Soumaya.

1. Se trabajó en Cholula

Timbres

Sellos postales mexicanos que coleccionó adheridos a los sobres o documentos originales. A su muerte, mi abuela Amalia, su esposa, vendió la colección a un anticuario de León, Guanajuato, llamado Ramón Aranda.

Biblioteca

Logro una importante colección de libros y documentos sobre México y Puebla con varias ediciones príncipes.

Sobre su colección y conocimientos, don Manuel Toussaint dijo: "Fue seguramente la persona que conoció mejor la historia y bibliografía de Puebla"

Conjuntó más de 3,000 volúmenes donde se encontraba la única obra impresa completa de la vida de Catarina de San Joan escrita por el padre Jesuita Alonso Ramos y publicada en 1689 por Diego Fernández de León. A esta edición se sumaban más de 500 novenas poblanas, reglas y constituciones de casi todas las órdenes religiosas, declamaciones, sermones, villancicos, panegíricos y varias ediciones conmemorativas por los arribos de Virreyes a la Nueva España.

Con el apoyo de su querido amigo don Manuel Romero de Terreros, su viuda vende esta biblioteca al Sr. José Antonio Porrúa. Por fortuna, hoy se puede consultar una buena parte de ella en el centro de estudios para la historia de México-CONDUMEX.

Grabado

Dentro de su afición a la bibliofilia, se incluyó el grabado poblano que dejó como testimonio a una publicación de 1933 intitulada *El grabado en la ciudad de Puebla de los Ángeles* donde están representados 78 grabados de su colección.

La colección quedó integrada a la venta de la biblioteca al Sr. Porrúa. El que esto escribe conserva algunos ejemplares de esta colección.

Monedas

Colección de más de 3000 monedas de oro, plata, bronce y aleaciones diversas. Consta de reales de 1, 2 y 3 de Felipe I; Real de a 8, escudos de oro llamado pelucona por la efigie de Felipe V; monedas de ocho escudos de oro y 8 reales de plata de Carlos III; de Fernando VII; de los imperios de Iturbide y Maximiliano; de la República; de las fuerzas Villistas, y de los estados de la República.





Señora poblana. Lorenzo Becerril, ca. 1870. © BNAH-INAH.

Esta colección está íntegra y se conserva dentro del acervo del Banco de México.

Medallas Religiosas

Como un testimonio de las devociones que generó el culto católico, se labraron y troquelaron multitud de medallas en plata, bronce, latón tumbaga, oro, marfil y concha

nácar. De estos ejemplares, conozco más de 70 piezas, en su mayoría poblanas, que conserva un familiar.

Pintura

Salvo una copia de un San Jerónimo de Murillo, coleccionó firmas y temas mexicanos. Los más relevantes fueron el *Puente de Metlac*, de José Ma. Velasco y un lote de ocho Arrietas donde se incluía el bellissimo tema del Chinaco y la China.

Coleccionó firmas de Luis Lagarto, Rodríguez Juárez, Diego de Barga, Alonso López de Herrera, Beruete, Carnero, Cabrera, Miguel y Jerónimo Zendejas, José de Ibarra, José María Fernández y Manuel Caro. Don Francisco apreciaba mucho tres óleos de Eugenio Landeño sobre las haciendas de Colón y Metlac, mismos que realizó como pago de honorarios que le hizo la familia de la Hidalga.

Talavera

Muy apreciada por don Francisco. Fue una colección que se caracterizó por ser la más selecta y representativa de sus épocas e influencias más relevantes.

De un conjunto mayor a 250 piezas, se publicó en 1979 un libro patrocinado por Fomento Cultural Banamex que expusiera en esa fecha la colección. Estas piezas por su particular diseño y valor artístico han sido también publicadas en la mayoría de los textos de la especialidad. El corpus de la colección es propiedad privada.

Arte Popular

Algo extraño en coleccionistas y anticuarios de esos años era el aprecio por el arte popular. Coleccionó miniaturas



Obispado mexicano durante el Imperio de Maximiliano. Cruces y Campa Cía., ca.1886. © BNAH-INAH.



en terracota, que el señor Lazcari moldeaba para retratar los personajes populares en Puebla. Miniaturas en cera representando a personajes populares, héroes de la patria, escenas de vidas de santos e incluso al bisabuelo don Ignacio Pérez de Salazar y Venegas retratado por el famoso artesano José María Legazpi. Sobresale la colección de recortes miniatura en papel que dejó el perfil de las tradiciones en Puebla bajo la tijera de Leopoldo Furlong y Furlong.

También tuvo plata pella, cerámica y un nacimiento donde la figura principal es una posada con su casa, corrales, cuartos de hospedaje, cocina y tienda frente a la posada donde se prepara para la partida hacia el pesebre con el niño Dios, una conducta de mercancías compuesta de más de cincuenta mulas y el personal necesario para conducir las.

Pequeñas Colecciones

No faltaron atriles, charolas, tableros y arquetas de laca de Patzcuaro y de Olinalá; selectas piezas de la plata mexicana, en particular un valiosísimo marco labrado por “Lince” uno de los artífices en la catedral de Puebla. Tuvo la fracción de una vajilla de Indias para Puebla con el escudo de la ciudad que fue propiedad de un antepasado, Alcalde Mayor de la Angelópolis.

Fotografía

En *la gracia de los retratos antiguos* de Enrique Fernández Ledezma, se pueden apreciar variadas efigies (20 piezas) de daguerrotipos o ambrotipos del siglo XIX que se guardan en pulidos estuches de pasta.

Algunos de ellos son el de don Manuel del Villar, profesor de escultura en la Academia de San Carlos; el de don Manuel Romero Vargas, ilustre abogado poblano, y el de un joven hacendado con su moqueta de paño ribeteada y con alamares, pantalón de taurina con botonadura de plata y sombrero de fieltro de copa baja y redonda adornada con doble toquilla.

Por último, se cierra esa relatoría con la colección que esta publicación presenta, basada en sus adquisiciones en Puebla y la Ciudad de México. En ella están representados políticos, militares intelectuales, Obispos, Presbíteros, Canónigos, Señores y Señoras de sociedad, esposas de personajes encumbrados, diplomáticos y tipos mexicanos representando charros, vendedoras, cargadores, parejas y familias completas. No pueden faltar reconocidos poblanos como el general Jesús González Ortega, el diplomático José Ma. Lafragua y el periodista y político Trinidad Sánchez.

Se incluyen algunos grupos de políticos, familias e intelectuales y un buen número de tarjetas referentes a Maximiliano, Carlota y su corte.

Se tiene identificadas más de 1200 fotografías donde se puede apreciar la letra manuscrita de don Francisco Pérez Salazar y Haro.

En palabras del señor Felipe Teixidor en su prefacio “Adiciones a la imprenta en la Puebla de los Ángeles”. Refiriéndose a Francisco Pérez Salazar nos dice: “Su espíritu tradicional en su alto concepto, le inclinó a redimir, del rico granero de antigüedades que fue Puebla, las muestras más granadas del Virreinato, primero fueron los libros y todo papel con letras de molde, capaces de ofrecer el engarce del pensamiento, religioso o profano, de los hombres de su ciudad, gozantes desde el siglo XVII de los a veces quebrantados beneficios



Personaje mexicano. *Cruces y Campa Cía.*, ca. 1870.
© BNAH-INAH.

de imprenta. Vinieron después, por obligada añadidura, los grabados y las pinturas, claro ésta, con ellos, la sin par cerámica poblana. Apreció asimismo el arte popular, quizá antes de que la crítica moderna lo ensalzara y pusiera de moda. Tuvo en todo competidores que le llevaran ventaja en tiempo y caudales. Pero el ganaba las batallas no sólo por un concedido don de buen cazador, ni tan solo por el dinero, que tenía que medir, más del que nunca fue avaro, sino también y principalmente por su bondad y simpatía”.

Mi reconocimiento y agradecimiento al Instituto Nacional de Antropología e Historia y a la Maestra Julieta Gil Elorduy por difundir una muestra de personas y las costumbres del siglo XIX.